

GABRIELA LUZZI





LA ENFERMEDAD

GABRIELA LUZZI

* ILUSTRADO POR: **NADIA PATIÑO**

**Encontrá más títulos de la colección en:*
www.cultura.gob.ar/leeresfuturo

Luzzi, Gabriela

La enfermedad / Gabriela Luzzi ; coordinación general de María Inés Kreplak ; ilustrado por Nadia Patiño. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Cultura de la Nación. Secretaria de Políticas Socioculturales, 2015.

74 p. : il. ; 16 x 12 cm. - (Leer es futuro / Franco Vitali ; 30)

ISBN 978-987-3772-80-1

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Kreplak, María Inés , coord. II. Patiño, Nadia, ilus. III. Título.

CDD A863

Fecha de catalogación: 13/11/2015

- Coordinación editorial: Inés Kreplak
- Edición literaria: Marcos Almada
- Asistencia edición literaria: Juliana Portilla y Sebastián Basualdo
- Diseño de tapa e interiores: Pablo Kozodij

► COLECCIÓN **LEER ES FUTURO**

En el marco de una serie de actividades de promoción y fomento de la lectura, el Ministerio de Cultura presenta la colección de narrativa *Leer es Futuro*, que llega a tus manos en forma gratuita para que puedas disfrutar del placer de la lectura.

En esta oportunidad, convocamos a escritores jóvenes cuya carrera está apenas comenzando, con el objetivo de visibilizar su tarea, contribuir a la difusión de sus obras y democratizar el acceso a la palabra, en continuidad con la ampliación de derechos garantizada por los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner.

También hay que mencionar la inclusión de

los ilustradores de cada uno de estos libros: todos jóvenes y talentosos dibujantes con ganas de mostrar su trabajo masivamente.

Y en un formato de bolsillo para que la literatura te acompañe a donde vayas, porque leer es sembrar futuro.

Ministerio de Cultura

Teresa Parodi | Ministra de Cultura

GABRIELA LUZZI



RAWSON, CHUBUT, 1974. Es editora. Publicó *Garfunkel* (Eloisa Cartonera) y *Liebre* (Vox). Participó, entre otras, en la antología *53/70. Poesía argentina del siglo XXI* (EMR), *Vivan los putos* (Eloisa Cartonera) y *9* (Textos intrusos). Su libro de cuentos *La reina de los duraznitos* fue una de las obras destacadas del III Concurso de Narrativa Eugenio Cambaceres, 2012, para autores noveles. Administra el blog *los escritos vuelan* (www.lo-sescritosvuelan.blogspot.com.ar). Es editora del sello *Paisanita* e integra el colectivo de editoriales *La Coop*.

NADIA PATIÑO



BUENOS AIRES, 1979. Estudió Vestuario y Maquillaje teatral en el Instituto Superior de Arte del Teatro Colón y en la Escuela Saulo Benavente. También realizó talleres de dibujo y pintura en la Fundación Taller Guillermo Roux. En paralelo a su formación artística en artes plásticas, se desempeña como actriz y vestuarista. Pueden verse sus trabajos en: > www.flickr.com/photos/nadya-p

LA ENFERMEDAD

“Yo tengo el vicio de dejarme llevar
y poner mi cabeza en Marte”.

Charly García

*

El cuaderno empezó mal porque puse cosas malas de mi novio. Y siguió mal porque escribí lo que me gustaría que él haga para arreglarlo. Tuve la fantasía de que mis deseos se cumplieran al instante y empecé la hoja

diciendo: mientras escribo esto mi novio está prendiendo la computadora para enviarme un mensaje, con mi escritura domino todo lo que pasa.

Es suave y de buena calidad, me lo regaló un proveedor en el trabajo. Pensé que iba a ser maravilloso y cuando lo abrí me di cuenta de que sus renglones están demasiado separados, lo que me hace empeorar la letra y escribir menos.

Además de lo mal que empecé, las cosas que fallan, por escribirlas, no cambian.

Lo único bueno es que no tengo miedo de

que lean mis anotaciones.

Desde que me mudé con mis hijos adoptamos una gata que siempre se sienta, o se duerme, sobre los cuadernos. En otro momento los escondía entre la mesa de luz y la pared. Y cuando hacía el amor con mi otro novio, uno que tuve antes, pensaba que con los movimientos de la cama y de la mesa de luz los cuadernos, un poco, se estropeaban y esto me hacía sufrir.

Tal vez escribir lo que siento sea echar leña al fuego. Como todo lo que escribí en la adolescencia. Hubo que quemarlo porque la ex mujer de Jorge, mi padrastro, encontró mis

diarios y los dio a conocer a parte de la familia. En uno de ellos, yo hablaba de mis sentimientos por Alejandro, mi compañero de clases, y por Ingrid, una vecina con la que nos espiábamos de noche por la ventana.

Mamá los acomodó en la parrilla, donde los domingos hacíamos asado. Hizo una montaña de cuadernos Gloria y Rivadavia y prendió el fuego. El humo se escapaba por los costados, se metía entre las uvas de la parra, algunos papeletos, volaban encendidos.

Ahora me gustaría tener la cabeza despejada. En un rato voy a ir a ver a mamá al hospital.

Cuaderno: a vos te tengo fe. Ayúdame. Trabajá para mí.

*

A la noche hubiera querido ir al hospital, pero no fui. Después no pude dormir, me despertaba pensando que había desperdiciado la oportunidad de ver a mamá.

Hace una semana, cuando los médicos dijeron que la iban a operar, les pedí que antes nos dejaran llevarla unos días a su casa

porque hacía tiempo que estaba internada. Se los pedí porque mientras la cuidaba en el hospital, para levantarle el ánimo, la hacía soñar con un viaje al campo, para que visitara a su hermana. Calculábamos que con sus ahorros podíamos alquilar una cabaña, que ayudaríamos a sembrar flores en el jardín de la chacra y a plantar árboles. Hasta pensamos en comprar unas gallinas blancas con penacho negro para llevar de regalo.

Le decía: aunque sea en una carretilla te voy a llevar. Y después, cuando la dejaron ir a su casa, nada fue como pensábamos. No se podía

levantar de la cama. A mí me costaba moverla desde su cuarto hasta el baño, y tuvimos que comprar pañales por si no llegaba. Jorge, mi padrastro, se ponía nervioso y yo trataba de tener paciencia porque sabía que le iba a costar amoldarse.

*

No pude llevarla de viaje. Los días que estuve afuera del hospital, cuando iba en colectivo hasta mi casa o a la de ella, pensaba en eso.

No tenemos la capacidad de llevarla a ninguna parte. Además, un día antes de los que tenía permitido estar en su casa, pedimos una ambulancia y la internamos de urgencia. No se movía y tampoco se despertaba. Desde ese día volvió a quedarse en el hospital.

Esto no es una película. Uno no puede cargar al enfermo en la parte de atrás de una camioneta y salir a vivir una aventura.

En el hospital no dejan tomar mate, ni que los pacientes anden descalzos o con ropa que no sea la del hospital. También piden que haya solo una persona de acompañante. A

todas estas reglas no nos amoldamos, llevo el termo, la envuelvo en una frazada y sin pantuflas la arrastro cerca de una ventana, para que tome sol y podamos soñar con cosas que le hagan bien.

Nos reímos pensando en que voy a lavar ropa y la voy a colgar de las ventanas mientras suene la cumbia. Un día puse canciones de Bomba Estéreo y Los Auténticos Decadentes, le agarré las manos y traté de hacer un baile.

*

Me propongo escribir por media hora, cada día, desde que me despierto, pero no quiero que mis hijos lleguen tarde a la escuela. La primera mitad del año llegaron tarde todos los días y yo llegué tarde a mi trabajo. Además no es el primer año que esto ocurre.

Soy empleada pública y no estoy siendo competitiva porque tomé todas las licencias por atención de familiar y las vacaciones que me quedaban.

A la mañana todos esperan que yo los despierte. Incluso mi novio, viene a vernos, se queda a dormir y aunque suene el despertador,

se queda tirado boca abajo, con la sábana cubriéndole la mitad de la espalda y las piernas.

A la tarde no encuentro nada interesante que escribir y me quedo mirando a la gata sobre el televisor apagado.

*

Mientras operaban a mamá, con mi prima y mi tía meditamos en la sala de espera. Hace años, mi prima se unió a un grupo holístico y desde ese momento lleva en el celular un

audio con mantras y guías para meditar.

Ella me había invitado a formar parte del grupo, pero tenía que pagar tres mil pesos de entrada y pasar todo un fin de semana en Morón, participando de charlas. El grupo no tiene página web, ni cartillas informativas, y me pareció que con tanta plata de por medio mi espíritu no se podía beneficiar.

Mi prima puso el audio en la sala y cerramos los ojos sentadas en los sillones. Jorge nos miraba, igual que las personas que esperaban por ahí. Algunas saludaban a Jorge, sobre todo los enfermeros, que no entendían

qué hacíamos nosotras. Él les decía que estábamos meditando. Me perdí dos veces en la meditación, y abrí los ojos. Cuando los tenía cerrados seguía viendo partes de la sala de espera, también pensaba en mamá, en tener una cuota de amabilidad con los seres del mundo y en ir a comprar pan para mi tía. Es casi lo único que come, y en vez de pan yo había llevado galletitas de chocolate para convidarle, pero no quiso.

Cuando Jorge, mi tía y mi prima se fueron, llamé a mis hijos desde un teléfono público. Les pedí que se calentaran la comida y

se acostaran.

Casi no había movimientos dentro del hospital. A los que pasaban, de una sala a otra, les iba preguntando si había alguna novedad, hasta que a la una y media me dejaron verla.

Cuando me fui le regalé caramelos a una chica que miraba la tele. Había otra, acostada sobre tres sillas. Se quedó mirándome bajo las frazadas de polar que la cubrían. A ella no me animé a darle.

El taxista que me trajo a casa quería saber mi historia. Le dije que era mi mamá la que estaba en el hospital, que después del quirófano

estaba con la cabeza vendada y restos de sangre en el cuello y en la cara.

*

Después de la operación, mamá hablaba todo tipo de incoherencias a mucha velocidad. Lo que más me repitió fue que Mariela era buena. Y que yo tenía que avisarle a Ronaldito que unas brujas lo estaban engañando. También me habló de sus abuelos y de otros tíos que estaban muertos. No sabía quiénes

eran Mariela ni Ronaldito. Me dio miedo que fueran muertos que la hubiesen ido a buscar.

Me dijo que fue abajo pero no le mostraron ningún secreto de la vida.

Pensé: que bueno que no te mostraron ningún secreto, mamá. Tal vez si te los mostraban no volvías.

*

Llegué a casa, mis hijos dormían. Me metí en la cama y recordé que cuando meditamos

en la sala de espera me hubiera gustado sentir la presencia de mis abuelos maternos. Nunca vi sus caras. En cambio, la que rondaba era mamá.

Cuando terminamos de meditar mi prima dijo: la tía andaba por acá en la sala.

¿Qué hacías ahí, mamá?

Hace algunos años, mientras dormía, una araña negra aterciopelada cayó en mi hombro. Me desperté y me di cuenta de que esa era la despedida de Esther, una de mis compañeras de trabajo. A la mañana siguiente, para el día de la primavera, me enteré que a la misma hora

en que sucedía mi sueño, ella había muerto. Mientras trabajamos juntas, todos los días golpeaban la puerta de la oficina personas que venían a buscarla para que les cure algo, una caída, una quemadura, un dolor de cabeza. Ella dejaba a un lado el expediente sobre el que estaba trabajando y salía un momento. Cuando volvía seguía su tarea con los ojos llenos de lágrimas o el estómago revuelto.

Desde ese día tengo sueños extraños, como la araña de terciopelo, o un alacrán de oro que apareció junto a su cría.

Para no ser menos que mis primas, siempre

había esperado que me pasara algo así. La única experiencia que había tenido hasta ese momento, era que uno de mis bisabuelos, fallecido de joven, se veía a mi lado, con un pulóver marrón, en la foto de mi primer cumpleaños.

En nuestra familia los muertos suelen pasar a despedirse vestidos de traje. Saludan desde la puerta de algún cuarto antes de que uno se entere que murieron y al otro día, cuando ya se sabe la noticia, todos lo comentan.

Es fácil presentir la muerte cuando llega con sus insectos. Una acumulación de gorgojos en la alacena. O tijeretas. O cualquier otro bicho

que en vez de quedarse en las hendiduras sale a recorrer la casa.

Cuando la mamá de Jorge quedó viuda solía tener miedo de las moscas, que son las encargadas de llevar chismes a los muertos. Cada vez que la veía aplastar una mosca, pensaba que mejor era dejarlas. A muchas, yo las retenía entre la cortina de voile y el vidrio, y les acercaba los labios como pidiendo que enviaran un beso. Después las miraba irse.

*

Soñé que las alucinaciones de mamá armaban un poema:

Hice un camino con arena del desierto y encontré a Mariela. Me contó que las brujas nos estaban engañando. Cada mañana ponían sanguijuelas en el agua que tomábamos. Escondidas en nuestra casa, nos comían y nos robaban. Se reían de nosotras. Nos tocaban el pelo diciendo cosas bonitas para poder cortarlo. Las vimos pasar una tarde, como un reflejo de un cuarto al otro, y nos hicieron creer que eran ángeles. Les ofrecimos un perrito de orejas largas de regalo. Después Mariela

desarmó el camino. Agarró granos de arena y guardó secretos adentro.

*

Escribí un cuento. Lo escribí pensando en ganar el premio de un Banco. En ganarlo y, al mismo tiempo, en perderlo. Me gustaría que algo que debiera perder, gane. Es un cuento que trata de otra cosa, pero arranca hablando mal de los bancos y menciona a una jubilada como empleada bancaria y estafada por el

mismo banco.

Para escribirlo usé otro tono, que no es el mío, pero igual terminé cayendo en lo de siempre, que lo importante sea el interior de los personajes, sin ver sus acciones más que a través de recuerdos.

*

Esta semana permaneció en estado de ensoñación. Se conecta con seres de otras dimensiones. Traté de volverla a la realidad, de

ubicarla en tiempo y espacio. De buscar algo que le guste y la saque de ese lugar. Le puse música clásica, Las cuatro estaciones y Cascanueces. Después puse un disco de Leonardo Favio y se largó a llorar. Me dijo que cuando yo era chica, ella esperaba a mi papá escuchando esas canciones. Recordé su imagen: había preparado un áspic de gelatina transparente con verduras de colores y formas contrastantes. Me sirvió solo a mí el plato y después me mandó a dormir.

Lo que más le interesaba a mi papá era escuchar discos de Daniel Toro y tocar la guitarra.

Se escapaba de casa y se iba a esconder a lo de mi abuela, con su guitarra. O decía que se iba a pescar y a los días volvía con un kilo de pescado de la pescadería. Una sola vez, cuando puso una maderera, lo fui a ver. Me contó que tomaba clases de guitarra a escondidas de su nueva mujer.

Esto sucedió hace tanto tiempo que no pensé que le pudiera afectar ahora a mi mamá. Parece conectada con su pasado, como si transcurriera cerca. No sabía cómo consolarla, le dije que mi papá ahora vivía en Cholila, con otra mujer y otro hijo, no los que tuvo cuando

puso la maderera, y que después de tantos años viviendo sin él, para lo único que podía aparecer era para traernos problemas.

*

Le conté a mamá la historia de una chica que ella no conocía, de nombre Cecilia, ganadora de una competencia de *Iron Woman*. Todas las mañanas Cecilia se levantaba temprano y salía a correr por la ruta, gozaba del resplandor del sol en las espigas del campo, que llegaba hasta la línea del horizonte. Más tarde

entrenaba en el río, sin tocar jamás las ramas del fondo que a muchos habían atrapado. Solía viajar a las playas de México, Uruguay o las de Río Negro y Buenos Aires, para participar de competencias. El padre de Cecilia se había ido cuando ella era chica, después de robar una joyería. Perseguido por la policía, escondió las joyas en el tanque de agua de la casa. Cuando los policías entraron fueron directo al techo y bajaron con la bolsa, él se las ingenió para desaparecer sin dejar huellas. Solo quedaron, mirando la escena, Cecilia y sus hermanos. No tuvieron más

noticias hasta que veinte años después, apareció inválido y sin trabajo. Los hermanos de Cecilia no quisieron recibirlo, solo ella, que era una chica especial, estaba interesada en ocuparse de él.

En su casa tenían la costumbre de levantarse temprano, ir a la escuela o a entrenar, formaban un gran equipo, se ayudaban. Pero el padre se levantaba al mediodía, comía a la hora en que todos habían terminado, fumaba, y tomaba cerveza como si fuera agua. Los hijos de Cecilia tenían que hacer mandados para satisfacer al abuelo. La casa empezó a estar llena

de ropa tirada. Después de un tiempo, Cecilia terminó echándolo, porque le daba demasiado trabajo, gastos, y sus hijos querían imitar al abuelo.

*

Tuve un sueño: levantaba un bebé en brazos. El bebé lloraba, pero cuando su boca rozó mis pezones insinuó calmarse, como pidiendo que le diera la teta. Me arreglé el escote de la remera para taparme. No era mío y no sabía si

su madre permitiría que lo amamantase. Para satisfacerlo, aunque no tenía leche, mi cuerpo había despedido una gota blanca.

¿Y mi bebé? Hace uno o dos meses tuve uno pero no le di la teta, nació con once años. Tal vez ni siquiera fuera bueno para su madurez.

Entonces, fui a preguntarle a la madre del bebé chiquito. Le pareció bien que se la diera, ella no tenía leche y a mí me acababa de nacer.

*

Mamá sigue diciendo incoherencias. Viajo durante treinta minutos en colectivo para ir a verla, pero me dice, cuidado con la ruta, como si fuera en auto, y cree que vivo en el delta del Tigre. Me dice, también, que duerma en su cuarto. Por los detalles, sé que es el cuarto de otra casa, cerca de la laguna del cacique Chiquichano. En esa casa, su cuarto era el lugar más silencioso, los demás ambientes daban al frente. Desde ahí se veían los ranchos que, a la vera de la laguna yo identificaba con el fenómeno “del campo a la ciudad”: la maestra nos había explicado que el asentamiento estaba

formado por familias que habían llegado buscando oportunidades en el parque industrial, para esa época ya abandonado. Se escuchaba la música de las fiestas, gritos de borrachos, o, al amanecer, cómo cantaban los gallos.

Mamá recuerda a todos sus muertos, dice que tiene cincuenta años, y en verdad tiene sesenta y dos. No sabía si explicarle o no que las personas que menciona, ve o espera, están muertas. Entonces le leí una poesía de Roberta Iannamico que dice: “Todas las madres/ guardan la memoria de la primera” y otras de Laura Wittner: “Todas las ideas que se me

ocurren/ no solo se le ocurrieron a alguien antes:/ también fueron llevadas al cine”.

Después le pregunté por el nombre de los yuyos, árboles y animales que habitan la cordillera. Hice una lista con lo que me dijo y escribí poemas con esas palabras, para regalárselos.

*

Arranco ramitas
como buscando
algo nuevo,

junto un atado de yuyos
poleo, paico y canchalagua
todos los sabores
de la naturaleza
envueltos en mi remera.
Es verano
armamos la carpa
cerca del sauce.
Mi hermana canta.

*

Las canchalaguas
son como ramitas
pero salen a la superficie del agua
hay que hundirse un poco en los mallines
para alcanzarlas
tienen flores violetas
como estrellas de anís
y otras son los ojos
de una lechuza recién nacida.

*

A la mañana, mientras prendía la tele, oí dos veces un maullido. La segunda vez pareció un eco, y el maullido en su totalidad se me representó como la vibración de una vara rosa. En un principio no supe si había sido un maullido o un ruido distorsionado por otros, o por mi imaginación.

La gata corría de una punta a la otra, rasguñaba las camas de los chicos y nos atacaba. Hacía varios días que no teníamos alimento balanceado y a la noche le habíamos dado de cenar una salchicha. Los chicos me gritaban para que yo hiciera algo. Saqué restos de

comida de la heladera y se los tiré a la gata.

Quedé lejos de mi expectativa de ir al supermercado una vez al mes y organizar una lista de comidas que nos gusten.

*

Me propongo escribir en el cuaderno pero nunca escribo ni hago nada genial. ¿Por qué alguien me regalaría un cuaderno así, que, al final, de tan caro, tan duro, tan grande, es un desperdicio?

También pensé en mi novio. Hace días que no nos vemos. Me gustaría comprarle cinco ejemplares de su último libro y regalárselos a mis amigas para que sepan más cosas sobre él. Este año ya terminó dos novelas. La primera cuando fuimos a Villa de las Rosas. Cada día, pusimos el despertador más temprano para poder escribir. Mi novio se levantaba, sacaba una mesa y dos sillas por la ventana del cuarto, las ponía en el pasto, y en una hora armaba un par de capítulos. Después de quince días volvió con la novela lista. Yo había llevado una libreta que compré para escribir poesías,

pero me daba tanta vergüenza escribir delante de él que me quedaba en la cama, mirándolo, y en vez de escribir armaba listas de cosas para hacer. Durante el día hacíamos miles de cosas y a la noche tampoco las quería anotar porque eran cosas, no poesías.

*

Mamá piensa en la comida que le gustaría comer a cada una de las personas de nuestra familia, como si estuvieran en su casa.

Me pide que yo prepare todos esos platos. Paella, pizza, pollo al horno con papas, pescado con cebollas. Sobre todo recuerda lo que le gusta comer a los más viejos, a los que hace mucho se fueron.

Me dice también que agarre plata de su billetera y pase por la confitería a tomar un café. Nunca tomo café. Tres veces en la vida quise probarlo y mi cuerpo lo rechazó como a un objeto extraño. Pero ahora cuando la quiero tranquilizar o me tengo que ir a casa, para suavizar un poco mi ausencia le digo: voy a tomar un café y entonces ella se queda tranquila.

Le empecé a poner manteca de cacao nacarada y crema para las arrugas. Le hago mover las manos, los brazos y las piernas, que por su propia voluntad no puede mover. Pero si Jorge llama al celular ella abre los ojos, o si no llega a la hora pautada ella dice que él brilla por su ausencia.

Cuando nos fuimos a vivir con Jorge, mamá cargó el Citroën con nuestra ropa, después me subió a mí y me puso sobre las piernas la jaula con el canario. Era la única mascota que había sobrevivido durante un año a todos los fines de semana que pasamos con él. Al

volver solía estar tirado en la jaula, y para que yo no llorara, ella le hacía una rehabilitación con Novalgina y gotas de agua.

Cada vez que Jorge tomaba whisky, a mí me daba Esperidina y me enseñaba versos en griego, con malas palabras. Uno de esos versos le cantaba su padre cuando él tenía miedo. Algo así como “Jorge, hijo de Jorge, te voy a fritar el pito en la sartén”.

*

De las mascotas que no sobrevivieron al noviazgo de mamá, puedo recordar que:

El conejo golpeaba el vidrio de la ventana cuando tenía hambre, y venía cuando yo lo llamaba. Mamá lo dio en parte de pago a unos pescadores para que lo metieran en la olla del barco.

Cleopatra, una gatita con patas blancas, me llenó de hongos y desapareció. Se la llevaron los reyes. Me dejaron una pelota negra para jugar en la playa.

Lucero apareció muerto abajo de la mesada. A pesar de ser un perro mediano, nunca

lo enterramos.

Los albañiles de la casa vecina se ofrecieron a sacar los caracoles de nuestro patio. Los engordaban con polenta y preparaban escabeche. Antes de irse también robaron el tero.

Para uno de mis cumpleaños mamá hizo una fiesta con mascotas, invitó a todos los chicos con sus animales. Fue una fiesta corta. No recuerdo bien qué animal tenía yo en las manos. La mayoría trajo conejos de angora o con orejas marrones.

*

A la mañana no puedo despertarme, voy corriendo el despertador, de a cinco o diez minutos. Hago este procedimiento por horas y a la noche suelo tener pesadillas con personas enfermas.

Mis hijos también tienen pesadillas. Incluso, dicen que son sueños lúcidos. Que abren los ojos y el sueño sigue pasando dentro de su cuarto y es difícil salir de ahí. Cuando me llaman les llevo agua y les acaricio las manos, que, por el color o la temperatura, parecen entumecidas.

En uno de mis sueños apareció un ser con

cabeza de plastilina, hueca, roja, que se desinflaba. Pretendía entrar a mi cuarto, yo cerraba los postigos.

Eran las tres de la mañana. Me desperté con un calambre en el cuerpo. Me dieron ganas de levantarme y salir corriendo al hospital.

Me quedé escuchando a los vecinos de arriba. Hacían pequeños ruidos, dejaban caer una pelota, abrían y cerraban un ropero.

*

Cada vez que mi novio me dice que tengo que hacer un clic, pienso en la frase “escribir como escribirías si escribieras”.

Una vez soñé con esta imagen: yo podía escribir cualquier cosa de la realidad, y mi prosa era tan agradable que lo que narraba no era importante, o más bien, podía relucir.

Aunque por momentos me sienta incómoda en este cuerpo, me duelen ahora los pies, los tengo rojos e hinchados porque volví a casa caminando con los borceguíes de mala forma, como una forma de castigar su errancia sigo caminando, me meto en este cuaderno

que es un taller de mí. Acomodo palabras, las llevo de un lugar a otro. Escribo lo que escribí.

*

Vimos una película de un hombre enfermo. Fue una casualidad. Pasamos por el video buscando una comedia para alquilar, y nos dieron una comedia, pero trataba la situación que nos toca.

Aunque según una de mis compañeras de trabajo ya nadie alquila películas, el video de

nuestro barrio siempre está lleno. El año pasado fuimos juntas y le propuse elegir una película con un tema que pudiéramos estar necesitando: elegimos “La vitalidad de los afectos”.

Cuando llegué a casa escribí un poema: *todos van a alquilar/ una película/ con lo que necesitan,/ ¿se dará cuenta el chico/ que atiende el video?*

Tal vez mi poesía se esté cumpliendo y ese alquiler pueda dar a todos lo que necesitan.

En la película que vimos anoche, el protagonista va a la psicóloga y dice: me doy cuenta de que me estoy muriendo y no es normal,

lo peor es que todos quieran simular que esto es normal.

Yo también trato de tranquilizar a mamá diciendo frases para apaciguar las cosas. Siempre trato de apaciguar las cosas con los demás o de cambiar de tema.

Pero no sé bien cómo volver la vida a la normalidad.

*

La enfermera le saca sangre de sus venas

finitas, escondidas, donde la sangre no fluye. En su cuerpo circula sangre, pero es difícil agarrarla, un poco como la personalidad de la dueña.

Me habla de mis hijos y me pregunta por ellos poniéndoles nombres de galanes de cine. También me entero, por la nueva compañera de cuarto, que prometió tejerle un poncho. Mamá le dijo que estaba internada porque se estrelló en un avión cuando salía de Salta y que se dedica a tejer ponchos. Que le hizo ponchos a Federico Klemm y a Emanuel, el mago.

Más tarde, me pidió la chata. Yo no sabía qué actitud tomar. Se la puse, me alejé tratando de dejarle un espacio de intimidad y se quedó dormida.

Tendría que hablarle, ubicarla, hacerle mover las manos y las piernas.

Le destapé los pies para que le diera el sol. Me acomodé en un rincón con sombra y abrí la ventana para que entrara el aire.

Me puse un pulóver y una campera, pero en este cuarto, cuando aparece el sol, la temperatura sube de más. Se me hincharon las manos y los pies.

Por la ventana entraba el ruido de un motor, como de un generador eléctrico.

El sol le daba a ella en los pies descalzos y a mí en las zapatillas.

*

Este último mes llevé a mis hijos tres veces al cine. Los saqué de una pantalla, en casa, y los metí en otra.

En general se hace de noche y no encuentro un lugar divertido adonde ir. Una fuerza

desconocida me detiene. Primero me duerme y después me roba el tiempo. Es como uno de esos insectos cazadores de presas grandes. Te atrapan, te duermen y después te comen de a poco.

*

Cuando llegué al hospital ya le habían servido el desayuno. Una parte estaba tirada en la mesita junto a un puñado de pastillas. Empecé a darle el yogur y molí una pastilla para

que la pudiera tomar. También me quejé en recepción, aunque no quería perjudicar al enfermero, porque dejaron las pastillas tiradas.

Vino mi tía. Como la vio dormida, me dijo que yo tenía que incentivarla y dejarla que coma sola. También me pidió que le pusiera los dientes. Se veía rara, parecía una muñeca bonita de ojos almendrados.

Más tarde fui a buscar agua para el mate y compré pan. Le hicimos abrir y cerrar las manos, flexionar las piernas y los brazos, la sentamos en la cama sosteniéndola con almohadones y le prendimos la tele.

Vinieron los médicos, nos hablaron con amabilidad. Dijeron que en pocos días volvería a casa.

Después entró otro médico, que es el que había estado pasando por la habitación en los días anteriores. A veces no se lava la cara para venir a trabajar. No sé cómo se llama. Es más joven que yo. Me pregunto si se dará cuenta de lo que siento. Me daría vergüenza que intuyera lo débil que soy.

Cuando se fueron, me dieron la mano, todos menos él, que entrecerró los ojos mientras me miraba y salía. Sentí que me decía de

forma acusadora: ahora sé quién sos.

*

Desde la habitación se ve un techo. Hace unos minutos pasó un chico y dije, ese es el chico que trabaja en el techo. Aunque no lo volvimos a ver se empezaron a escuchar ruidos de baldosas que chocaban contra algo y otros golpes.

Le dije a mamá, para recordar una de sus teorías, que el chico llegó e hizo un par de ruidos como para anunciarse y que el patrón

sepa que empezó a trabajar.

En ese momento se escucharon las voces de varios albañiles. Entraron por la ventana junto a una corriente de aire fresco.

Ella no prestó atención. Siguió con los ojos cerrados, padeciendo sus ganas de ir al baño.

Cuando abrió los ojos me dijo que vio una película de una pareja muy pobre que estaba en Recoleta y no podían ir al baño porque era lujoso.

*

Los sábados y domingos no se escuchan voces, pero es un silencio donde distintos generadores zumban y no permiten una paz completa.

Este engaño del silencio durante los fines de semana, queda descubierto al prender la radio. Ninguna estación se sintoniza bien y hay que ponerla a mayor volumen que en otros lugares. Parecido a lo que sucede al levantar algo liviano que se ve pesado: la mano, sin querer, sube de más. Así pasa con el sonido dentro del hospital.

Mi cuaderno se está terminando. Queda

para el día de hoy y para otro día más. Cuando cambie de cuaderno, tal vez cambien otras cosas. Tal vez mi mamá vuelva a su casa. Aunque no sé si esto va a pasar o va a ser como el efecto del sonido o del peso de las cosas.

Cuando estuvo en su casa y yo le explicaba que ya había vuelto, ella me contestaba: pero lo que yo quiero es volver, volver.



AUTORIDADES

PRESIDENTA DE LA NACIÓN

Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRA DE CULTURA

Teresa Parodi

JEFA DE GABINETE

Verónica Fiorito

SECRETARIO DE POLÍTICAS SOCIOCULTURALES

Franco Vitali



LEER ES FUTURO



Cultura Argentina



Ministerio de Cultura
Presidencia de la Nación
Argentina